

Ordenación Episcopal de Víctor Manuel Fernández  
sábado, 15 de junio de 2013  
Iglesia Catedral de Buenos Aires

Textos para la Misa de Ordenación Episcopal

**Isaías: 61,1-3:**

*El espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Él me envió a llevar la buena noticia a los pobres, a vendar los corazones heridos, a proclamar la liberación a los cautivos y la libertad a los prisioneros, a proclamar un año de gracia del Señor, un día de venganza para nuestro Dios; a consolar a todos los que están de duelo, a cambiar su ceniza por una corona, su ropa de luto por el óleo de la alegría, y su abatimiento por un canto de alabanza.*

**Salmo 88, 21-22. 25-27**

¡Cantaré eternamente las misericordias del Señor!  
Encontré a David, mi servidor,  
y lo ungué con el óleo sagrado,  
para que mi mano esté siempre con él  
y mi brazo lo haga poderoso.  
Mi fidelidad y mi amor lo acompañarán,  
su poder crecerá a causa de mi Nombre:  
Él me dirá: «Tú eres mi padre,  
mi Dios, mi Roca salvadora».

**2° Timoteo 1, 6-14:**

*“Por eso te recomiendo que reavives el don de Dios que has recibido por la imposición de mis manos. Porque el Espíritu que Dios nos ha dado no es un espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de sobriedad. No te avergüences del testimonio de nuestro Señor, ni tampoco de mí, que soy su prisionero. Al contrario, comparte conmigo los sufrimientos que es necesario padecer por el Evangelio, animado con la fortaleza de Dios. Él nos salvó y nos eligió con su santo llamado, no por nuestras obras, sino por su propia iniciativa y por la gracia: esa gracia que nos concedió en Cristo Jesús, desde toda la eternidad, y que ahora se ha revelado en la Manifestación de nuestro*

*Salvador Jesucristo. Porque él destruyó la muerte e hizo brillar la vida incorruptible, mediante la Buena Noticia, de la cual he sido constituido heraldo, Apóstol y maestro. Por eso soporto esta prueba. Pero no me avergüenzo, porque sé en quien he puesto mi confianza, y estoy convencido de que él es capaz de conservar hasta aquel Día el bien que me ha encomendado. Toma como norma las saludables lecciones de fe y de amor a Cristo Jesús que has escuchado de mí. Conserva lo que se te ha confiado, con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros.”*

**Juan 15,9-17:**

*“Como el Padre me amó, también yo los he amado a ustedes. Permanezcan en mi amor. Si cumplen mis mandamientos, permanecerán en mi amor, como yo cumplí los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Les he dicho esto para que mi gozo sea el de ustedes, y ese gozo sea perfecto. Este es mi mandamiento: Ámense los unos a los otros, como yo los he amado. No hay amor más grande que dar la vida por los amigos. Ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les mando. Ya no los llamo servidores, porque el servidor ignora lo que hace su señor; yo los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que oí de mi Padre. No son ustedes los que me eligieron a mí, sino yo el que los elegí a ustedes, y los destiné para que vayan y den fruto, y ese fruto sea duradero. Así todo lo que pidan al Padre en mi Nombre, él se lo concederá. Lo que yo les mando es que se amen los unos a los otros.”*

## Homilía

Con la luz de la Palabra proclamada, este memorable rito de la ordenación nos invita a considerar a qué ministerio será promovido nuestro hermano Víctor Manuel. El mismo Espíritu que se derramó sobre el Siervo de Dios, “para llevar la buena noticia a los pobres, a vendar los corazones heridos” (Is 61, 1), hoy vuelve a infundirse en el alma de este bautizado para agregarlo al número de los apóstoles. En este momento, nuestra mirada de fe se dirige a Nuestro Señor Jesucristo, enviado por el Padre para redimir a los hombres, quien a su vez envió a los Apóstoles para que, llenos del Espíritu Santo, anunciaran el Evangelio y, reuniendo a todos los hombres en un solo rebaño, los santificaran y apacentaran. Y para asegurar la continuidad de este ministerio hasta que Él venga, los Apóstoles eligieron colaboradores a quienes comunicaron por la imposición de las manos –que confiere la plenitud del Sacramento del Orden–, el don del Espíritu Santo. La virtud del sacramento que celebramos alcanza un maravilloso efecto, porque en la persona del Obispo

consagrado, rodeado de sus presbíteros y diáconos, se hace presente en medio del Pueblo de Dios, el mismo Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote.

El Salmo expresó en términos de unción la gracia que recibirá este hermano nuestro para el servicio episcopal: “lo ungi con óleo sagrado, para que mi mano esté siempre con él... Mi fidelidad y mi amor lo acompañarán” (88, 22). La imagen sugiere que la gracia que hará de él un nuevo apóstol, se derrama sobre su ser más profundo y determina su lugar y ministerio en la Iglesia y en el mundo. A su vez, por la unción Dios reviste su fragilidad tomándolo de su mano creadora, y se compromete a acompañarlo con su fidelidad y su amor, que es el modo como Dios prepara a sus amigos para las pruebas e infunde en sus corazones sentimientos de compasión, cercanía y misericordia ante toda miseria humana. Ungido obispo, sus gestos y palabras manifestarán siempre que Dios es fiel y que su amor es eterno. San Gregorio Magno enseñó que “el pastor debe ser cercano por la compasión con cada uno y destacado sobre todo en la contemplación, para que por sus entrañas de piedad asuma las debilidades de los demás, y, al mismo tiempo, por la misma altura de su contemplación, penetre los bienes invisibles apeteciéndolos. De modo que ni por apetecer los bienes eternos desprecie las debilidades de sus prójimos, ni uniéndose a estas debilidades abandone el deseo de los bienes supremos”.<sup>1</sup>

San Pablo viene en nuestra ayuda para comprender algo más sobre el don de Dios que recibirás por la imposición de nuestras manos cuando dice: “El Espíritu que Dios nos ha dado no es un espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de sobriedad”. Fortaleza necesaria para mostrar el rostro de una Iglesia que, pobre en recursos ante los que despliega el mundo, sin embargo, rica en el mensaje que dignifica, trasciende y salva. El amor está en el centro, como corresponde, porque es el alma de toda la actividad pastoral, que anima, acompaña, enseña, corrige, exhorta y perdona en nombre del que nos envía. La sobriedad de la fe nos permite despojarnos de lo superfluo, quedarnos con lo esencial: Dios ante todo, su Hijo Redentor, su creatura amada, el hombre, su Espíritu de amor y de consuelo que lo invade todo, el Reino que hay que anunciar con palabras y obras, y el deseo paulino, “porque él quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1° Tm 2,4). Estas virtudes coronan la caridad pastoral del obispo y convierte su oficio, entre todos los trabajos de este mundo tan complejo, en un *oficio de amor* (San Agustín).

El Evangelio de San Juan nos ha abierto la página dorada de la Escritura, donde encontramos el mandamiento nuevo: “*Ámense los unos a los otros, como Yo los he amado*” (15,12). Cuando la Liturgia de la Palabra presenta los textos que le siguen a la última Cena, los introduce diciendo: “Sabiedo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre...” Esto quiere decir que toda su enseñanza la dice con plena conciencia de que es el Amor del Padre que lo atrae, pasando por la Cruz. Luego revela: “Como el Padre me amó, también yo los he amado a Uds.” (9). Nuestra elección surge del sacrificio de esta entrega amorosa. Es en ese contexto que ofrece a

sus amigos entrar en una intimidad con su persona, dirigida a aquellos a los cuales él ha elegido. En su meditación sobre el sacerdocio, el Maestro San Juan de Ávila repara en el versículo que dice: “A ustedes los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que oí de mi Padre. Y así como al sacerdote se le ha de preguntar la Ley del Señor, porque es mensajero suyo, así también se le ha de preguntar qué es la voluntad de Dios que se haga en esto o en aquello, como a persona que tiene con el Señor particular amistad y particular trato, y que se cree que no dejará el Señor de decirle cosa que desee saber para el bien de sus prójimos.”<sup>2</sup>

Querido hermano, hoy por la Ordenación la Iglesia te suma a la sucesión apostólica y con ella recibes la herencia, el ADN, la genética de la apostolicidad, porque si el sacerdocio es misionero, el episcopado es ejercicio continuo de mediación. Pensar y soñar en la misión permanente, promoverla y organizarla, alentar a los discípulos misioneros ante los desafíos y consolarlos en los fracasos del anuncio, será una expresión de tu pasión por la evangelización. Elegido por el Padre para apacentar a su familia, acuérdate siempre del Buen Pastor que conoce a sus ovejas y es conocido por ellas, y que no dudó en dar la vida por el rebaño. Ama a todos los que Dios te encomienda, en primer lugar a los presbíteros y diáconos, tus colaboradores en el ministerio de Cristo; también a los pobres y a los débiles. Hoy el espacio humano de la Universidad Católica es tu rebaño, a los jóvenes estudiantes y profesores exhortalos a que trabajen contigo en la obra apostólica y escúchalos gustosamente. Preocúpate incansablemente de aquellos que aún no pertenecen al único rebaño de Cristo, porque ellos te han sido encomendados por el Señor. Por todos ellos, al decir del Doctor de Ávila, que tu oración “interceda ante el divino acatamiento de Dios con afecto de padre y madre para con sus hijos”.<sup>3</sup>

La Iglesia te llama a ejercer este ministerio apostólico cuando, en este momento de la historia, ha decidido volver sobre el camino de la visitación de María, Estrella de la evangelización, gesto y modelo ejemplar de la obra misionera de todos los tiempos. Ella, que hace más fácil el Evangelio, te inspire una siembra abundante y fecunda.

Con los gestos, signos y palabras de esta Liturgia de consagración asoman realidades espirituales, que nos marcan hasta lo más profundo y para la vida entera. Has sido llamado por Dios, por Cristo, por su Iglesia. Es una elección divina dirigida a tu persona Víctor, para la Iglesia, para el mundo. Es una excepcional vocación de amor por el Reino de los cielos. Entre tantos regalos recibes en tu corazón la caridad pastoral de Cristo. Te invito a que nos dejemos cautivar por la contemplación del misterio de nuestra ordenación, como si nunca fuésemos conscientes del don recibido de la misma mano del Señor Jesús. Lo que nos resta de vida no bastará para agotar la meditación de la inagotable riqueza de las maravillas realizadas por la bondad de Dios. Con el Salmo solo cabe agradecer diciendo: “¡Cantaré eternamente tu misericordia Señor!”

Nosotros los Obispos presentes, por la imposición de las manos, te agregamos a nuestro Orden episcopal y llegas al ministerio en momentos en que el Episcopado valora y cuida un don recibido como heredad de los pastores que nos precedieron en este servicio a la Iglesia que peregrina en la Argentina: la colegialidad. Una palabra tan rica en la tradición de la Iglesia como así también tan frágil por nuestra condición humana. Ella nos ha permitido reconocer las legítimas diversidades, superar las diferencias en lo esencial y buscar siempre la comunión en Cristo, causa y término de todo bien. Te invitamos a sumarte a este cenáculo fraterno de pastores, que no guarda otra intención más que la de serle fiel al Evangelio de Jesús y servir con caridad pastoral a los hombres que nos ha encomendado. No te olvides que has sido agregado al Orden episcopal en la Iglesia Católica, reunida por el vínculo del amor, de tal modo que no dejes de tener preocupación por todas las iglesias y no tardes en socorrer con generosidad a las más necesitadas.

Vas a precisar la ayuda de la Comunión de los Santos en tu servicio pastoral, y entonces te ponemos bajo la mirada de los audaces santos patronos de la misión: San Francisco Javier, Teresita de Lisieux, Toribio Alfonso de Mogrovejo, Rosa de Lima, Martín de Tours –custodio de nuestra ciudad–, y en especial de tu comprovinciano, el Señor Cura Brochero, a poco de su tan esperada beatificación. Amén.<sup>4</sup>

✠ Mario Aurelio Poli

1 *Liber Regula Pastoralis, Parte II, V.*

2 *Tratado sobre el Sacerdocio, Libro II, 9.*

3 *Ídem, Libro V, 36.*

4 He tomado libremente algunos textos de la Alocución del Obispo, contenida en el Ordo Consecrationis.